



El regalo de cuidar a don Luis

Despedimos a don **Luis de Moya** (1953-2020) un día radiante de noviembre. Además de los residentes del Colegio Mayor Aralar, donde vivió desde que sufrió un accidente de tráfico en 1991, se encontraban allí sus siete hermanos, **Jesús Terrero**, su amigo y enfermero, y otros seres queridos. La pregunta que todos llevábamos dentro era: ¿cómo don Luis, tetrapléjico durante casi tres décadas, conservó siempre tantas ganas de vivir? Nuestra conclusión es que, después de 355 meses de lucha, realizando tareas pastorales con la mayor normalidad posible, alcanzó un grado notable en las virtudes cristianas y una aceptación cada vez mayor de lo que Dios quisiera, algo que no dejaba indiferente a nadie que le tratara.

El antiguo capellán de la Universidad era de pocas palabras. Pero hay una que pronunció más que nadie: «Gracias». Después de cada pequeño servicio, como llevarle el zumo de la merienda, nos daba las gracias, acompañadas de una sonrisa. Hoy, junto con la tristeza, sentimos un caudal de gratitud. Dedicó su libro *Sobre la marcha* «a tantos que saben aprovechar las deficiencias de los demás para ser grandes en la vida». **Don Luis**, gracias por enseñarnos tanto, gracias por habernos ayudado a crecer.

Juan Ignacio Izquierdo y José María Mora, del equipo que le atendió en el curso 2020-21.



La huella de un legado construido y humano

Carlos Sobrini (1925-2020) se incorporó a la Escuela de Arquitectura en sus inicios. Viajaba desde Madrid, donde gozó de prestigio y un férreo anclaje social. Pragmático y responsable, desgracias familiares jalonaron una vida recia, autoexigente y austera, pero con un humor que adornaba una cordialidad expansiva y cálida. Como presidente del tribunal del Proyecto Fin de Carrera, al entregar las notas decía a sus alumnos que lo trataran de tú, ahora que ya eran colegas. Su dedicación docente tuvo un ingrediente humano de irrepetible densidad.

Marcado a fuego por su pasión familiar, fue uno de los arquitectos navarros más notables de su época. Su trabajo serio y elegante, sensato y juicioso, ilusionado y creativo, ha dejado una importante huella. En el campus llevan su sello el edificio de Ciencias —el Hexágono— y el de la Escuela de Arquitectura.

Su recuerdo evoca —para los que aprendimos y disfrutamos de su legado, construido y humano— la autoridad de quien constituye un modelo de empeño y honestidad intelectual, de pasión por su trabajo, humanismo y magnanimidad.

Juan M. Otxotorena, profesor de la Escuela de Arquitectura.



En los orígenes del campus y la bioquímica

Por sus clases han pasado casi todas las promociones de médicos de la Universidad y algunas de Ciencias y Farmacia. **Esteban Santiago** (1931-2021) aterrizó en Pamplona en 1962, conquistado por el entonces rector **José María Albareda**. Se incorporaba —procedente de la Universidad de Wisconsin— a una aventura de solo diez años de vida. La limitación de medios se suplía con la calidad científica y el entusiasmo de profesores como **Jiménez Vargas**, **Ortiz de Landázuri** o **Ponz**.

Su llegada derivó en la puesta en marcha del departamento de Bioquímica. Pionero en su disciplina, siempre buscó mejorar la docencia. Con aires innovadores, disfrutaba tratando de esclarecer con sus alumnos —tenía a gala conocer a todos— los complicados mecanismos moleculares o el entramado de reacciones del metabolismo.

Afectuoso, cordial, cercano, deportista y políglota —cultivó entre otros idiomas el ruso por su gran amor a aquel país—, en 2003 recibió la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio en reconocimiento a su trayectoria.

Natalia López Moratalla, catedrática emérita de Bioquímica.



Entregado a la profesión y a su familia

De mentalidad empresarial, **Antonio Monge** (1942-2020) tenía madera de líder: creó el departamento de Química Orgánica y Farmacéutica en 1972; en 1988 puso en marcha el Centro de Investigación en Farmacobiología Aplicada; y, simultáneamente, inició el Máster en Investigación y Desarrollo de Medicamentos, único de su naturaleza en España y Europa. Le movía su vocación y pasión por el medicamento. Como le escuché decir muchas veces, «el mayor invento del siglo XX».

Para el profesor **Monge**, el progreso de la ciencia exigía la revisión por pares y la protección de la propiedad intelectual a través de la publicación de los resultados de investigación. Académico de número de la Real Academia de Farmacia y de la Academia Iberoamericana, gozó de gran prestigio en el mundo de la química médica. Ya en su última etapa, se enfocó hacia las enfermedades olvidadas: malaria, enfermedad de Chagas, leishmaniasis.

Cercano, discreto y afectuoso, nunca ocultó su amor y admiración por **Aurora**, su esposa, con la que creó una familia de siete hijos.

Adela López de Cerain, antigua decana de la Facultad de Farmacia y Nutrición.